

LA CONCIENCIA EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA: UNA BREVE PANORÁMICA

La definición "canónica" es que la conciencia es el conocimiento que el ser humano tiene de sí mismo y de su entorno; una capacidad cognitiva relacionada con la atención, que permite a los seres humanos percibir, de manera más profunda, la entidad global de un objeto y su propia existencia. En términos filosóficos, se diría que es la facultad de decidir según la percepción del bien y del mal (lo que llamaríamos conciencia moral). De todas maneras, no está falto de razón Jean Paul Sartre cuando afirma que "la conciencia sólo puede existir de una manera, y es teniendo conciencia de que existe".

Pero la conciencia moral puede llevar a diferentes personas a actuar de distinto modo, de acuerdo con sus principios. Un ejemplo sería el de la posición ante la guerra. En este sentido, el dramaturgo Eugene Ionesco ha escrito una frase que explica bien esta paradoja: "Si matamos con el consentimiento colectivo, no nos remuerde la conciencia. Las guerras se inventaron para matar con la conciencia limpia".

Algunos expertos afirman que la actuación de la conciencia moral abarca tres niveles: "antes del acto", "durante el acto" y "después del acto". En el primero caso, la conciencia actúa como consejera; en el segundo, nos indica que somos libres y responsables de nuestra acción; en el tercero, actuando como juez y ejecutora, la conciencia nos aplicaría su sentencia: satisfacción, tranquilidad, remordimiento, vergüenza, arrepentimiento, etc.

De acuerdo con su manera de apreciar los actos morales, existirían, según algunos autores, diversos tipos de conciencia, que simplemente enunciarnos: antecedente, concomitante, consiguiente, auténtica, viciosa, verdadera, errónea, dudosa o vacilante, cierta, laxa, perpleja, farisaica, rigorista y, por último, escrupulosa.

Luego de estos apuntamientos iniciales -porque el análisis de lo que significa la conciencia moral, la conciencia sociológica, las conductas, etc. precisarían de muchas páginas y, como veremos, hay más interrogantes que respuestas) entraremos en el objeto de estas breves reflexiones sobre la conciencia en la Historia de la Filosofía.

En la filosofía oriental está presente, desde muy antiguo, la conciencia. Así, un proverbio chino dice que "el que sacrifica su conciencia a la ambición quema una pintura para obtener las cenizas". Confucio, por su parte, manifestaba que la conciencia es la luz de la inteligencia, la que sabe distinguir el bien del mal.

En la lengua griega clásica no hallaremos el concepto actual de "conciencia", con el componente de intimidad activa que interioriza todo lo que nos sucede. Ellos empleaban los términos "alma" y "covisión". Tener conciencia era notarse estar asomado a las ventanas de los sentidos, actuando los órganos del cuerpo. En la filosofía griega clásica el "Yo" no juega papel alguno; por eso, la intimidad activa, el poder de interiorizar, que sólo pueden ser propiedades de un "Yo" individual -y que están profundamente relacionados con la conciencia-, no les era familiar.

Sin embargo, en Sócrates encontramos un pequeño matiz de conciencia, que recogerá Platón pero perderá Aristóteles. Conciencia es "covisión", o, más exactamente, "coideación".

Sócrates, en su *Apología*, no dice "tengo conciencia de", sino que emplea la frase "he de verlo en mí mismo", "lo estoy viendo en mí". Uno puede saber una cosa -por ejemplo, qué es el hombre, una flor, un triángulo, una suma...-, por estar viéndola o intuyéndola en la cosa misma, en el objeto, entregado uno a su contemplación.

La manera socrática de notarse a sí mismo es la de estar contemplando las "ideas" que se "reflejan" en nuestro interior. La conciencia es un "espejo ideológico" por el que nos damos cuenta de que estamos siendo, y podemos ser; espejo en el que se reflejan las "ideas" de las cosas, frente a los espejos sensibles que sólo nos dan las imágenes en una transcripción fría, neutral.

Aristóteles discrepa de esta interpretación de las imágenes en los espejos. La base de su filosofía se cifra en su noción de "potencia" y "acto". Introdujo en filosofía el máximo número de causas -eficiente, final, material y formal- de entidades operantes. Y desaparecieron las ideas. Toda idea que no pudiese servir de forma, de causa real intrínseca, pasó a la categoría de metáfora literaria.

En otro ámbito cultural, el antiguo Testamento bíblico desconoce el término "synéidesis", aunque no la noción. Esta se expresa a través de las categorías del "corazón" (como interioridad constitutiva del hombre, donde la palabra de Dios llega como un juicio; fuente íntima de toda resolución religiosa y toda valoración moral en el seno de la comunidad a la que el individuo pertenece y a la que esa palabra fue dirigida) y de la "sabiduría", que más que una actividad puramente intelectual se refiere a la relación entre dos personas, en las que se implican muy diversas dimensiones y, entre ellas, el discernimiento ético.

El "synéidesis" aparece en el Nuevo Testamento en San Pablo, si bien su reflexión está precedida por ese fuerte proceso de interiorización que los Evangelios otorgan a la moral y que toma al corazón como testigo más allá de la simple fidelidad a determinados preceptos. Para Pablo, la "synéidesis" se pone al servicio de la nueva concepción teológica, recogiendo, sin embargo, el aspecto de globalidad y centro de la persona que expresaba el "corazón" bíblico y por el que la "conciencia" viene a equipararse con la fe. Pero junto a ese sentido aparece también el de testigo y juez interior del valor moral, el de instancia crítica del propio comportamiento. Y también el de mediación anticipativa que hace responsabilizarse de lo que se va a hacer. Pablo defiende la necesidad de seguir el dictado de la propia conciencia y el deber de respetar la conciencia ajena, aunque fuese errónea; esto es, la primacía absoluta de la conciencia a la hora de decidir.

Los términos "sujeto" y "objeto" pertenecen a la filosofía estoico-romana. La conciencia se nota en lo romano como "sujeto", y las cosas se presentan en ella como "objeto". El estoico creyó percibir que las cosas, al conocerlas, se presentaban como disparos de arqueros -que lo que enviaban al conocedor no eran tanto ideas o imágenes irreales como armas arrojadas (esto es lo que significa etimológicamente y realmente la palabra "obiectum"; ob, iectum: lo arrojado contra); por consiguiente, la vida interior se semejaba a una ciudad asediada. Esta era la metáfora de la que se valían para designar el matiz de sensación interior que su vida cognoscitiva experimentaba al estar sujetos a ese cerco perturbador de la vida interior. Sujeto es "sub-iectum", el que está expuesto a tales flechazos reales. Un abismo separa esta concepción, propia de la filosofía romano-estoica, de la griega clásica. En esta, las cosas envían ideas, visibilidades puras, sin eficiencia alguna, sin reales ataques a la vida; en la romana, las cosas perturban la vida interior y, en vez de ideas de puras apariciones irreales, la vida intelectual, para defenderse, tendrá que inventar "conceptus", que son maneras de "captar", de hacer prisioneras las cosas enemigas, y guardarlas consigo como esclavas y servidoras reales de la vida.

El matiz que toma en un tipo de vida activo la conciencia es el de "sindéresis", término que, tanto en su forma verbal como de sustantivo y adjetivo, no se encuentra en los clásicos, apareciendo en la época helenística. "Sindéresis" significa "salvación" de la vida interior; sentirse seguro, firme, a salvo.

En la escolástica medieval se modificará el significado de "sindéresis", restringiéndolo al orden de la conciencia moral. Pero en su originaria concepción guarda el matiz vital de "intimidad" en tránsito de salvarse, de preservarse del exterior, de reiterarse en sí para gozar de la presa y de los prisioneros que el órgano de aprehensión, que es el concepto, le procuró.

En la tradición cristiana prevalece en un principio la concepción religiosa de la conciencia como manifestación de la voz de Dios y como centro unificante de la persona, como interioridad que define al hombre, según subrayará San Agustín. Pero lo que centraliza las discusiones medievales en torno a la conciencia es la polémica entre la teología monástica y el análisis escolástico, como la sostenida entre Bernardo de Clairvaux y Abelardo a propósito de la conciencia errónea. El cisterciense la considera culpable, pero no Abelardo, que argumenta que, si cuando se estima hacer mal, aún obrando bien, se concluye que la acción es mala, también habrá que defender la bondad de una acción cuando se cumple con buena fe, aunque fuese en sí misma mala. Es decir, Abelardo insistía en el papel central de la intención, que es el que acabará triunfando con Tomás de Aquino, aunque éste introdujese el matiz de la posible responsabilidad de la propia ignorancia.

Con la progresiva pérdida de la noción integradora y religiosa de conciencia que había defendido la teología monástica se implantará un análisis que tendría, sin embargo, el riesgo de abocar al fragmentarismo. Sobre todo se distingue ahora entre la "sindéresis" (conciencia originaria, suprema y fundamental del hombre, denominada también conciencia habitual o protoconciencia, que otorga a los seres humanos su capacidad para abrirse a los valores morales, a los principios más universales de orden práctico), y la "conscientia", acto que aplica esa unitaria intuición a los casos y acciones concretas (conciencia actual).

Lutero fue el verdadero fundador de la reivindicación moderna de los derechos de la conciencia individual frente a toda autoridad humana. Pero en Lutero esa autonomía iba ligada a la radical dependencia del hombre respecto a Dios, del que se exaltaba el atributo de la omnipotencia -"potentia Dei absoluta"-.

Descartes, que se preguntó sobre la existencia física de la conciencia, se planteó la duda sistemática como vía de conocimiento, destacando la facultad del ser humano de captar su propio pensamiento.

Leibniz perseguió un "alfabeto de los pensamientos humanos" semejante a un orden matemático. En su libro *Monadología*, habla de tres tipos de "mónadas": las desnudas, que sólo tienen percepción sin conciencia; las mónadas cuyas percepciones van acompañadas de conciencia y memoria (animales) y mónadas que, además de conciencia y memoria, son razonables (alma y espíritu).

Locke afirmó que la conciencia es el conjunto de las informaciones recibidas a través de los sentidos. Con esto coincidió Kant, aunque especificando que el orden de esos conocimientos lo determinaban mecanismos internos de la conciencia.

Para Kant, la ética se sintetizaba en la idea de que se debía obrar como si la regla que se utilizara para uno mismo se pudiese convertir en norma universal. Creyó descubrir las leyes fundamentales de la moral, no mediante el estudio de la naturaleza humana y la observación de la vida y de los actos humanos, sino por medio del pensamiento abstracto. Llegó al convencimiento de que la base de la moral residía en la "conciencia del deber", que no obedecía a consideraciones de utilidad personal o social ni al sentimiento de simpatía o de benevolencia, sino que constituía una particularidad de la razón humana.

Según Kant, lo único que tiene en el mundo y aún fuera de él una importancia absoluta es la "voluntad libre y racional"; todo lo demás, un valor relativo. Tan sólo la

personalidad racional y libre tiene en sí un valor absoluto: el mandato de la conciencia moral, continúa Kant, sería “debes ser libre y racional”.

El ideal al cual aspira la moral, -dice Kant- es una comunidad de hombres libres y racionales en la cual cada individuo constituya una finalidad para todos los demás.

Carlos Marx, en el “Prefacio” a la *Critica de la economía política*, manifiesta que en el desarrollo de la producción social, las personas entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad; esas relaciones de producción corresponden a un estadio definido de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. La suma total de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se yerguen las superestructuras legal y política, y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción en la vida material, entonces, determinaría el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales. No sería la conciencia de los hombres la que determinaría su existencia social, sino, por el contrario, su existencia social determinaría su conciencia.

En el marxismo, la conciencia de clase era determinante en los actos de los seres humanos, llevando el concepto de conciencia al terreno político práctico, y definiendo de hecho al ser humano por sus decisiones en tanto partícipe de un grupo social. Para Marx, el problema ético se resuelve según el criterio de clase. La clase dominante impone as sus concepciones ideológicas, sus ideas del bien y del mal, y priva al individuo de conciencia, a que sólo se recupera si se percibe la pertenencia a una clase, que informa toda la visión del mundo. Las decisiones las tomará entonces de acuerdo al interés de su grupo.

Para Nietzsche, la *genealogía de la moral* es el intento de no ver en la conciencia “la voz de Dios en el hombre”, sino un producto del resentimiento, del instinto de crueldad que se vuelve contra uno mismo y produce, cuando no puede desahogarse hacia el exterior, la culpa y la “mala conciencia”.

En la *Genealogía de la moral*, en *La voluntad de poder* o en *Más allá del bien y del mal*, aborda en numerosas ocasiones esta temática.

En el siglo XIX algunos investigadores abordaron el examen científico de la conciencia. Wilhelm Wundt, por ejemplo, creó un laboratorio de estudio de la conciencia, con la idea de investigar diversos fenómenos: cómo se forman las sensaciones, las imágenes en el cerebro, la memoria, las percepciones de tiempo y espacio, etc. Desarrolló su trabajo mediante la introspección: nadie mejor que el propio individuo puede examinar el comportamiento de su conciencia.

Johann Herbart, por su parte, afirmó que algunas ideas pueden estar en estado latente, mientras otras están activas. Esas ideas en estado embrionario las estudió Sigmund Freud, abriendo el campo de lo que denominó "el inconsciente". Para Freud, la actividad inconsciente determina la conducta de los individuos tanto o más que las ideas conscientes, siendo las ideas inconscientes modeladas a su vez por las experiencias de la infancia, que cuando producen trauma son sepultadas por la conciencia en el inconsciente, desde el cual, sin embargo, siguen influyendo en la conducta. Freud elaboró un método para explorar el inconsciente, al que llamó psicoanálisis. Esa exploración tenía dos objetivos: uno, el autoconocimiento; otro, el alivio o curación de trastornos de conducta e incluso de patologías mentales severas.

Freud consideraba que la represión de los impulsos sexuales de la "libido" era el eje de la cultura. Esa represión se expresa a través del “Súper Yo”, la "voz" que nos indica lo que podemos y no podemos hacer, y determina las ideas del bien y del mal. Esta tensión de la libido se intentaría solucionar "sublimando" sus impulsos; por ejemplo, convirtiendo la energía sexual en ímpetu guerrero, o en veneración de las

virtudes morales de una persona, o traduciéndola en estatuto moral (la familia, la patria...).

Para Carl Jung, discípulo de Freud, la conciencia era la parte del psiquismo que la persona conoce en forma directa. Este autor postula que la conciencia probablemente aparezca en el ser humano antes del nacimiento. Y el ser humano alimentaría su conciencia a partir de cuatro funciones mentales básicas: pensamientos, sentimientos, sensaciones e intuiciones. Como las personas no suelen utilizar estas funciones en la misma medida, eso coadyuvaría a la predominancia de algunas funciones sobre otras, como sucede, por ejemplo, en las diferencias de carácter. Por eso, hay personas que son más reflexivas, otras más sentimentales, etc.

Jung elaboró la teoría del "inconsciente colectivo", según la cual los individuos se comportan de acuerdo a ciertas ideas ancestrales que son básicamente sanas, y contienen tanto una cosmogonía como una ética. Si bien estas ideas están en el inconsciente profundo, se expresarían a través de los símbolos, de los arquetipos. Incluso llegó a preguntarse si el "inconsciente colectivo" sería lo que los místicos llaman "Dios".

Bertrand Russell, en *La conquista de la felicidad*, dedica el capítulo VII al concepto de pecado y al de conciencia. Si antiguamente se consideraba a la conciencia como "la voz de Dios", Russell nos dice que sabemos que la conciencia ordena actuar de manera distinta en diferentes partes del mundo y que, de modo general, suele estar de acuerdo con las costumbres raciales. Por eso se pregunta qué es lo que ocurre realmente cuando la conciencia le remuerde al hombre. Y remonta el origen de este conflicto a los primeros seis años de la infancia y a la educación familiar que transmite una serie de valores y presupuestos que, aunque en la etapa adulta parezca que hemos olvidado, sin embargo dejaron un poso en lo más profundo de nosotros. En buena medida recoge los presupuestos de Freud.

En EEUU surgieron nuevos estudios sobre la conciencia, incluso desde posturas que rechazaban la oposición conciencia-inconsciente e incluso la idea general de conciencia. En las primeras décadas del siglo XX algunos psicólogos hicieron de la conducta el objeto de estudio. Para uno de ellos, John Watson, creador de la escuela de psicología llamada "conductismo", todo estaba en el comportamiento; incluso se podría estudiar la psicología humana sin hacer una sola mención a la conciencia.

Jürgen Habermas también dedicó algunos libros a la reflexión sobre la moral, la ética, el derecho y la justicia. En *Conciencia Moral y acción comunicativa*, y en *Moralidad y ética*, intenta fundamentar una ética en un universalismo normativo. La noción clave sería la idea regulativa de "comunidad ideal de comunicación", libre de coerciones de intereses particulares. En ese concepto está supuesto que la moral individual es una abstracción, pues siempre está involucrada en la eticidad concreta de un concreto mundo de la vida. Habla también de la "ética del discurso", en el cual éste representa una forma de comunicación en la medida en que su fin es conseguir el entendimiento entre los hombres, algo que va más allá de las formas de vida singulares, abarcando a la "comunidad ideal de comunicación", que incluye a todos los sujetos capaces de lenguaje y acción, garantizándose así una formación de la voluntad común que da satisfacción a los intereses de cada individuo sin que se rompa el lazo social sustancial de cada uno con todos.

Ludwig Wittgenstein defiende una unidad íntima entre lo corporal y lo mental, siendo esa unidad pensada como "persona". Nuestros estados de conciencia la aplicarían a la unidad del ser humano. La autoconciencia no se fundamentaría en la autoobservación, sino más bien en la relación con las demás personas. Como ya hiciera Abelardo en la Edad Media, presta interés también a la "intención". Para él, es parte de

la conducta típicamente humana, y supone el pleno dominio del sujeto psicológico sobre su propio actuar: es previo a la acción en sí misma considerada y se puede conocer, a través de ella, pero no mediante observación directa; es un acto íntimo inobservable.

En otro orden de cosas, el estudio científico del sueño, a mediados del XX, descubrió que éste no implica la desaparición de la conciencia, sino otro tipo de actividad cerebral allegada a aquélla. El estudio de la fase REM del sueño reveló que las ondas registradas por un encefalograma son similares a las de la vigilia. Esto sugirió la posibilidad de ampliar el concepto de conciencia. En esos años apareció la idea de los "estados alterados" de conciencia. El uso de alucinógenos, la meditación, la creencia en percepciones extrasensoriales referían a una percepción del mundo más profunda que la habitual, pero no emplazada en el inconsciente sino en territorios no explorados de la conciencia. Los resultados implicaban que las ideas morales convencionalmente admitidas debían ser revisadas, ya que la utilización de esas sustancias puso al descubierto la parte oculta de la conciencia y una amplitud de visión que estaba más allá del bien y del mal.

Trabajos de laboratorio, utilizando tecnologías como la resonancia magnética, mostraron de que manera se organiza la memoria, en que zonas del cerebro se producen las imágenes, como los individuos diferencian unos objetos de otros, cual es la región cerebral de las decisiones, como se comportan los neurotransmisores y, en general, las bases biológicas de la psique humana, incluyendo la ética, que parece tener su lugar en la corteza cerebral.

Según Albert Casellas, para estar consciente es necesario primero que la corteza sea despertada por estímulos procedentes del tronco cerebral, que a través de un haz de fibras nerviosas que integran el llamado "fascículo ascendente de Magoun" llegan a la corteza cerebral. Esta conciencia psicológica dependería, para este autor, de los mecanismos neurofisiológicos de la corteza cerebral y de 100 billones de neuronas conectadas, total o parcialmente, a través de sus sinapsis.

Casellas se hace eco de investigaciones según las cuales la estructura de las áreas terciarias de la corteza cerebral son específicamente humanas, interviniendo, por ejemplo, en la conversión de la percepción concreta en pensamiento abstracto. De ella dependería la actividad consciente en su más alto grado evolutivo: la gnosis, el conocimiento y por tanto relaciones básicas con la Conciencia.

José Antonio Marina, en un artículo en el que reflexiona sobre la llamada "inteligencia inconsciente", dice que cada fenómeno consciente va precedido de acontecimientos neuronales no conscientes. Se sabe que 800 milisegundos antes de que tomemos una decisión, se activaron los centros cerebrales correspondientes. Es decir, no pensaríamos nosotros, pensaría el cerebro. Nos recuerda Marina que el matemático Poincaré defendía la existencia de un "inconsciente matemático" que, por su cuenta, resolvía los problemas, hipótesis con la que estaba de acuerdo Einstein, que decía que la mayor parte de nuestros pensamientos se desarrollaban inconscientemente.

E incluso en un proyecto en el que participan científicos de universidades de varios continentes, el "Proyecto Conciencia Global", están trabajando, mediante experimentos realizados en la Universidad de Princeton, en la idea de que existe una conciencia colectiva que conecta el psiquismo de todas las personas, e incluso a los animales. Una idea que ya esbozara Teilhard de Chardin con el concepto de "noosfera", es decir, la progresiva evolución de las conciencias hasta articular una única mente planetaria. Lo mismo que el científico Isaac Asimov imaginó en su novela *Gaia*.

Como se puede comprobar, a cada paso se van abriendo nuevas interrogantes, nuevos territorios para explorar.